

virtud. Después de las pruebas acostumbradas, recibieron el bautismo, honrándole desde luego con unas virtudes que son raras entre los fieles mas antiguos. Su ejemplo fué imitado por muchos de sus compatriotas, y en pocos años la mision de San Javier del Salto (este es el nombre que se dió á aquel establecimiento) fué una de las mas célebres por el número y el fervor de los neófitos. Por poco que se detuviese allí un infiel, aun cuando no llevase otro objeto que el de ver á un pariente ó amigo, la tranquilidad, la concordia, la sincera y generosa ternura que reinaban entre aquellos nuevos cristianos, le quitaban todo deseo de volver á su país. Era tanta su caridad, que repartian con los recién llegados los campos que habian desmontado con el mayor trabajo. El ardor de su celo y sus palabras animadas por el Espíritu de Dios hacian al mismo tiempo una fuerte impresion en los corazones de sus huéspedes. Pasaban los dias enteros, y muchas veces la mayor parte de la noche, en inculcarles las verdades de la salvacion. No pareciéndoles bastante el convertir á los que iban á buscarlos, hacian escursiones por los pueblos de los iroqueses y siempre volvian acompañados de algunos nuevos prosélitos. Uno de estos tráfugas que habia ocupado el primer rango en la nacion de los agniseses fué á ejercer en ella con tanto fruto esta especie de apostolado, que un dia volvió con treinta personas ganadas para Jesucristo.

En esta hermosa cristiandad preparó la divina Providencia un asilo á la virtud de Catalina. Tenia esta una hermana adoptiva, que se habia establecido ya allí y hecho que su marido y el celoso neófito de que acabamos de hablar, fuesen á convidarla. Salieron como si fuesen á hacer el comercio de los castores con los ingleses, recorrieron el país de los iroqueses, y no dejaron de pasar por la poblacion de Catalina. A la sazón se hallaba ausente su tío, y aprovechándose ella de un momento tan favorable, se puso en camino el dia siguiente con los dos

neófitos. Inmediatamente se envió un propio á dar aviso de esta evasión á su tío. Irritado este anciano gefe de ver que su nacion y aun su propia familia iba disminuyéndose de dia en dia, cargó su escopeta con tres balas, y echó á correr en seguimiento de los fugitivos, á los cuales descubrió á bastante distancia. Los dos salvages cristianos, que fueron los primeros que le vieron, y habian ocultado á Catalina en una maleza, se detuvieron con gran serenidad, como si solo tratasen de descansar un rato. Sorprendido el gefe y avergonzado en cierto modo de no hallar con ellos á su sobrina, les habló de cosas indiferentes, y luego volvió atrás, persuadido de que habia sido demasiado crédulo. Pasado algun tiempo, continuaron el viaje los dos neófitos con Catalina, y llegaron felizmente todos tres á la mision del Salto.

Fué hospedada Catalina, como lo habian sido su hermana y su cuñado, en la cabaña de una de las antiguas y mas dignas cristianas de la mision. Llamábase Anastasia, y estaba encargada de instruir á las personas de su sexo que se preparaban para el bautismo. Sus instrucciones y aun mas sus ejemplos prendaron á Catalina, cuyo gozo fué incomparable al ver el fervor general de todos los fieles que componian aquella cristiandad naciente. Cotejaba su conducta ejemplar con la vida licenciosa que habian tenido muchos de ellos en el país en que habian nacido, y se embelesaba al ver que los que poco antes no respiraban mas que sangre y vicio, muertes é impureza, eran modelos del pudor y de la benignidad evangélica. Penetrada de agradecimiento al Dios de bondad que la habia llevado á aquella tierra de bendicion, formó la resolucion invariable de entregarse enteramente á él; y desde este momento mostró tanto fervor, que poco después la permitieron los misioneros recibir la comunión por la primera vez. Era esta una gracia que no se concedia á los iroqueses desertores hasta después de muchos años de

pruebas; pero se creyó que con Catalina no debian observarse las reglas comunes, y la experiencia acreditó que este juicio no era equivocado. Pronto se advirtió que esta jóven, no solo era una piadosa neófito, sino una de aquellas almas privilegiadas que, aun en la carrera de la vida perfecta, quiere elevar el cielo sobre la clase ordinaria.

Sin embargo, sus propias virtudes opusieron un nuevo obstáculo al designio que habia formado de conservarse virgen. Persuadiéndose la hermana de Catalina que no habria ningun jóven en la mision del Salto que no aspirase á la felicidad de casarse con una doncella tan virtuosa, y que ella podria elegir por marido algun diestro cazador, que suministrase abundantemente para todas las necesidades de la familia, se empeñó en obligarla á que se casase. La llamó á solas, y con aquella elocuencia que el interés propio inspira á los salvages del mismo modo que á cualquiera otra nacion, la habló del matrimonio, como del medio mas seguro, asi para evitar las ocasiones del pecado, como para remediar una indigencia estremada, la cual ofrece muchos peligros á la salvacion. No esperaba la virtuosa tráfuga encontrar tentaciones en el mismo asilo de la virtud; pero supo hacer uso de toda la prudencia evangélica, y sin manifestar mucha sorpresa, respondió que el asunto era de grande importancia, y que lo pensaria seriamente. Sospechando la hermana que á lo menos por sí sola no la seria facil obligarla á resolverse, buscó arbitrio para hacer que apoyase su pretension la respetable Anastasia, á quien una y otra miraban como á su propia madre. No tuvieron mejor éxito estas últimas instancias que las primeras; y Anastasia, que habia hallado siempre en Catalina una docilidad sin limites, quedó tan asombrada de su resistencia, que la reprendió con aspereza, y la amenazó diciéndola que iria á quejarse de ella al misionero, que era su pastor y su oráculo.

Pero se anticipó Catalina, y después de referir al Padre los combates que habia sufrido y sufría aun diariamente, le declaró que estaba resuelta á no tener jamás otro esposo que Jesucristo, y le suplicó que la ayudase con todo su poder á consumar el sacrificio que meditaba mucho tiempo habia. Aunque el misionero alabó su resolucion, no condescendió inmediatamente con sus deseos, antes bien, sin duda para probarla, esforzó las razones que podian inclinarla al matrimonio. «Ay Padre mio (esclamó): me he entregado toda entera á Jesucristo, y no puedo dividirme entre dos señores! En cuanto á la pobreza con que se pretende atemorizarme, este peligro no habla conmigo, porque es tan poco lo que necesito para alimentarme, que mi trabajo me suministrará siempre para ello, y no me faltará algun trapo para cubrirme.» La despidió el misionero diciéndola que la daba tres dias para pensarlo delante de Dios. Al principio se conformó con esta propuesta; pero al cabo de pocos momentos volvió y dijo: «Mi resolucion está ya tomada, Padre mio; no se trata de deliberar: no, jamás tendré otro esposo que á Jesucristo.» El prudente pastor no se opuso por mas tiempo á una determinacion tan verosimilmente inspirada por el Espíritu Santo. Catalina se consagró irrevocablemente al Señor con el voto de virginidad, y el misionero la prometió defenderla de cuantos quisiesen inquietarla en lo sucesivo. Entretanto fué Anastasia á darle quejas de la que llamaba indocilidad de Catalina; pero él la interrumpió manifestándole la sorpresa que le causaba el ver que una cristiana, que estaba en disposicion de instruir á las demas, no tuviese una idea mas cabal del valor de la virginidad, del valor de una virtud que hace al hombre semejante á los ángeles. Al oír estas palabras, volvió en sí la buena Anastasia como si despertase de un sueño profundo, se culpó á sí misma y solo pensó ya en sostener y confirmar la nueva esposa de Jesucristo en sus disposiciones angélicas.

Parecía que la virgen iroquesa no estaba ya en la tierra despues de su consagracion, y que participaba de la suerte de los espíritus celestiales. Solo hallaba gusto al pie de los altares ó en la santa quietud de la soledad. Su conversacion estaba casi únicamente en el cielo, y no podia sufrir la de los hombres sino en cuanto la hablaban de Dios. Le veia, le sentia, por decirlo asi, y le hablaba en todas partes. Su oracion era continua, aun cuando estaba mas atareada, y no por eso aflojaba en el trabajo. La mayor parte de la noche la pasaba únicamente en la intimidad de sus tiernas comunicaciones con el divino Esposo. Sus ayunos, vigiliias y austeridades se aumentaron en la misma proporcion que su piedad.

Penetrada de la fé y del agradecimiento mas vivo para con un Dios que la habia redimido y dotado con su sangre, era ingeniosa en imaginar en todas ocasiones nuevos modos de crucificar su carne. Cuando iba al monte en tiempo de invierno, dejaba que pasasen adelante sus compañeras, se quitaba el calzado y andaba con los pies desnudos por los hielos y nieves. No pareciéndola bastante el dolor que la causaba el frio, se aplicó un día á los pies carbones encendidos. Otra vez sembró de espinas la estera en que dormia, se acostó en ella tres noches seguidas, y hubiera continuado mas tiempo á no haberlo descubierto una amiga, que la hizo entrar en escrúpulo por su fervor indiscreto. En efecto, su delicada complexion no permitia semejantes maceraciones. La acometió una enfermedad violenta, y aunque salió del primer peligro, la quedó una calentura lenta que la fué consumiendo poco á poco. Pero lejos de comunicarse al alma la languidez del cuerpo, cuanto mas se acercaba Catalina á su término, tanto mas resplandeció la eminencia de las virtudes que habia practicado cuando disfrutaba de la mejor salud. Nunca se quejó, ni hizo ninguna demostracion, aun involuntaria, de impaciencia, aunque padeció muchísimo, especialmente en los dos úl-

timos meses de su vida. Cuando los dolores eran mas agudos, entonces se mostraba ella mas contenta, teniendo á mucha dicha el vivir y morir en la cruz.

Padeció la última enfermedad en el tiempo en que los salvages hacen sus grandes cacerias para la provision de invierno y en que sus mugeres están ocupadas desde la mañana hasta la noche en las labores del campo. Entonces se quedan solos los enfermos todo el dia, con un plato de maiz y un vaso de agua que se les deja por la mañana al lado de su estera. En este abandono pasó Catalina todo el tiempo de su última enfermedad, aumentándose por ello su alegría no menos que su mérito. Pareció que se aproximaba su última hora al principiarse la Semana Santa. Despues de recibir los Santos Sacramentos con un fervor extraordinario, entró el miércoles por la noche en una dulce agonía, en que perdió el uso de la palabra, bien que conservando un conocimiento perfecto. Al cabo de media hora exhaló el último aliento con tanta tranquilidad como si estuviera dormida. Aún no habia llegado á los veinticuatro años; pero haciendo ver el cielo que en el órden de la gracia y del mérito habia andado una larga carrera, su semblante, que poco antes estaba desfigurado del todo con motivo de la enfermedad y de las maceraciones, apareció de repente tan hermoso, que la voz del pueblo de acuerdo con la de Dios, prorrumpió por todas partes en estas exclamaciones: *ha muerto la santa: la santa ha volado al cielo.* En efecto, pareció que reflejaba en su frente un rayo de la gloria celestial. Dos franceses que volvian de lo último de la pradera de la Magdalena, y la vieron tan sonrosada y hermosa, tendida en la estera y en una cabaña abierta, se dijeron el uno al otro: «mira ahí una jóven que duerme bien descuidada.» Pero luego que supieron que era el cuerpo de Catalina Tegacuita, que habia muerto el dia anterior, se apoderó de ellos un respeto religioso, se postraron á sus pies, se encomendaron á sus oraciones, y al momento

mandaron hacer una urna en figura de atahud, para honrar su cadáver como santas reliquias. No tardó el cielo en honrar tambien á aquel ángel terrestre. Entre las innumerables curaciones milagrosas que se obraron en su sepulcro, no podria la incredulidad misma disputar plausiblemente la curacion particular de un vicario general de Quebec, y la de un comandante del fuerte de Frontenac, atestiguadas por ellos mismos, y comprobadas del modo mas riguroso y auténtico. Y ¿qué cosa hay mas creible, por poca noticia que se tenga del primer establecimiento del Evangelio, que unas maravillas tan á propósito para manifestar el poder de la gracia, aun en el corazón de los pueblos mas bárbaros? Si Dios es admirable en sus Santos, resplandee principalmente su gloria en los que forma entre los iroqueses y los antropófagos.

Aunque Catalina se distinguió mucho entre los cristianos de la mision del Salto, tenia no obstante gran número de imitadores, aun en sus virtudes mas sublimes. En particular el espíritu de penitencia, el odio de su carne y el amor á la cruz, tan esencial al Evangelio, reinaban allí universalmente. Los ayunos rigurosos, las disciplinas sangrientas, las correas guarnecidas con puntas de hierro, todas las maceraciones de los monasterios mas penitentes eran allí prácticas comunes. Las mugeres no se distinguian de los hombres sino en cuanto se valian de la mayor viveza de su imaginacion para inventar modos mas estraños de crucificar la carne. Muchas de ellas, cuando el frio era mas penetrante, se metian, ó por decirlo asi, se sepultaban en la nieve. Algunas, yéndose á parages solitarios, se estaban mucho tiempo casi desnudas á la orilla de un lago ó de un rio helado, cuando soplabá un viento impetuoso. Otras, despues de romper el hielo en un estanque, se metian en él hasta el cuello y rezaban muy despacio todo el Rosario, y hubo una que hizo esto tres noches consecutivas, con cuyo motivo se la en-

cendió una calentura tan violenta, que faltó poco para que la costase la vida. Por esto llegaron los misioneros á tener noticia de aquellos fervores indiscretos, que apenas pudieron contener con toda su autoridad; pero la Providencia tenia sus designios, aun en este género de excesos, pues por medio de estos tormentos voluntarios se disponian los santos neófitos del Salto á arrostrar por la fé los mas horribles suplicios, hallándose amenazados de una próxima persecucion.

Habiase encendido la guerra entre Francia é Inglaterra. Los iroqueses, igualmente celosos de los progresos de aquellas dos coronas, que tenían Estados inmediatos á su propio país, se inclinaban en aquella ocasion á los ingleses temiendo que acabase con ellos la Francia. En los cinco distritos ó poblaciones principales que formaban la confederacion iroquesa, era un punto de política perfectamente observado mantener el equilibrio entre aquellos dos vecinos poderosos, como el único preservativo de su propia libertad. En efecto, estaban bien persuadidos de que no podian menos de caer en manos del que sojuzgase al otro. Al primer rumor de guerra, queriendo reunir todas sus fuerzas á aquellos bárbaros antepasados, convidaron á los compatriotas de la colonia del Salto para que volviesen á sus hogares solares. Viendo los neófitos que semejante reunion habia de esponer su fé á muchos peligros, á pesar de que se les aseguraba todo lo contrario, se negaron invenciblemente á abandonar su colonia, con cuyo motivo fueron declarados como enemigos de la patria y perseguidos desde luego con todo rigor.

Una partida que sorprendió á algunos de ellos en la caza, los llevó atados á los cantones iroqueses, donde fueron quemados á fuego lento. Aquellos generosos mártires, en medio de las ascuas, predicaban la fé de Jesucristo á los que estaban asándolos, y los exhortaban á que por medio de la profesion del cristianismo tratasen de librarse de un fuego infinitamente mas hor-

rible. Uno de ellos, llamado Esteban, se olvidaba de sí mismo en medio de los carbones y hierros encendidos, para animar á su muger que padecía el mismo suplicio. En el momento de espirar reunió las fuerzas que le quedaban, y á ejemplo de su santo patrono rogó á Dios en alta voz por los que le atormentaban con mas encarnizamiento. Fué eficaz su oracion, pues movidos muchos de aquellos bárbaros con los testimonios de una benevolencia tan nueva entre ellos, abandonaron sus peligrosos cantones y se refugiaron á la mision del Salto para practicar allí en paz las leyes del Evangelio.

Otro Esteban cayó en manos de una partida de catorce iroqueses, los cuales le llevaron á la aldea de Onontague, á donde habian acudido gran número de salvages. Al oír que se iba acercando, le salieron al encuentro sedientos de su sangre. Estaban armados de hachas, cuchillos, palos y mazos, y centelleaba el furor en sus ojos. Acercóse á él con bastante tranquilidad uno de ellos, y le dijo: «hermano mio, cuéntate por muerto, pero tú eres el que te has perdido, dejándonos á nosotros por esos perros, á quienes llamas cristianos.» — «Verdad es (respondió) que soy cristiano, y tambien es cierto que me glorio de serlo. Haced conmigo todo lo que queráis. Los ultrajes y tormentos los sufriré gustoso por mi Dios, que padeció infinitamente mas por mí.» — Apenas acabó de hablar, se abalanzaron á él aquellas bestias feroces, y le hicieron mil incisiones en los brazos, en los muslos y en todas las partes del cuerpo, quedando en un momento todo cubierto de sangre. Le arrancaron las uñas y muchas articulaciones de los dedos. Despues de esto le dijo uno de aquellos furiosos: «Suplica á tu Dios, si te atreves.» — «Sí que le suplicaré (respondió Esteban);» y levantando las manos segun las tenia atadas, hizo lo mejor que pudo la señal de la cruz, diciendo en lengua iroquesa las palabras acostumbradas. Al momento le

cortaron la mitad de los dedos que le quedaban, y volvieron á decirle: «suplica ahora.» Hizo de nuevo la señal de la cruz, y al instante le cortaron enteramente los dedos hasta la palma de la mano, y despues vomitando mil blasfemias le desafiaron á que llamase todavía á Dios. Preparándose á hacer de nuevo la señal de la cruz, le cortaron las muñecas, y le sajaron la frente, el estómago y las espaldas, es decir, todas las partes de su cuerpo donde habia tocado al hacer la señal de la cruz. Le llevaron despues á una grande hoguera, en la que se habian encendido muchas piedras. Le pusieron estas piedras abrasadas entre los muslos, apretándolos mucho uno con otro, y entonces empezaron á gritar, diciéndole que cantase, á ejemplo de aquellos pueblos bárbaros, entre quienes se glorian los cautivos de despreciar los mas horribles tormentos, y creen que la reputacion de valor que dejan despues de la muerte les compensa de cuanto puedan padecer. Juzgando Esteban con razon, que aquellas bravatas eran contrarias á la humildad cristiana, rezó, en lugar de los acostumbrados cantos de ostentacion, algunas oraciones convenientes á la proximidad de la muerte. Uno de los mas furiosos cogió un tizon ardiendo, se le metió en la boca, y sin dejarle respirar, le ataron al poste. Cuando se vió en medio de los hierros hechos áscua y de los maderos encendidos, mostrando una firmeza muy superior á los ímpetus del orgullo y de la desesperacion, miró con serenidad á todos los monstruos encarnizados contra él, y les habló en estos términos: «Cebaos, hermanos míos, en el gusto que experimentais en hacerme padecer, sin que temáis cometer una injusticia. Mis pecados merecen muchos mas trabajos que los que me haceis padecer, y por mas crueles que sean vuestros juegos no pueden dañarme. Quanto mas me atormentéis, tanto mas aumentareis la felicidad que me está reservada en el cielo.» Solo sirvieron estas palabras para re-

doblar su rabia. Todos ellos cogieron hierros hechos áscuas ó tizonas ardiendo, y se los aplicaron á todos los miembros. Todo lo sufrió el mártir sin exhalar un suspiro, y estaba tan tranquilo como si fuese insensible; mas cuando conoció que le faltaban enteramente las fuerzas, pidió un momento de tregua, y se la concedieron. Entonces reunió todo su fervor, hizo la última oracion, recomendando su alma al Salvador, y le pidió que perdonase su muerte á los que nada omitian para hacérsela mas meritoria. Despues de otras muchas atrocidades de sus enemigos, y de nuevos rasgos de la incomprendible paciencia del mártir, entregó tranquilamente su espíritu al Criador.

Una muger, llamada Francisca, mostró la misma fortaleza en los mismos suplicios. Su marido, que era un cristiano no menos fervoroso que ella, estaba pescando á tres leguas del Salto, donde se habia quedado Francisca, cuando se tuvo allí noticia de una incursion de iroqueses en aquellas inmediaciones. Inmediatamente entró la cristiana en una canoa para ir á buscarle. Llegó felizmente adonde él estaba, y ambos á dos volvieron del mismo modo hasta un cuarto de legua del Salto, donde creyéndose ya seguros, cayeron en manos de los enemigos. Al momento cortaron la cabeza al marido; y prometiéndose probablemente pervertir á la muger sin dificultad luego que estuviese sola, la llevaron cautiva. Se equivocaron en esto, y no tardaron en conocerlo. Apenas hubo llegado á Onontague, donde la hicieron subir á un cadalso que habia en medio de la poblacion, profesó animosamente la fé cristiana en presencia de su familia y de sus antiguos paisanos, añadiendo que miraba como una felicidad el morir á manos de sus compatriotas, á ejemplo de Jesucristo que fué crucificado por los de su nacion que eran los que mas queria. Un pariente suyo, que se hallaba allí, habia ido antes al Salto para ver si podia llevársela consigo, y la respuesta que recibió de ella fueron

estas palabras: «estimo infinitamente mas mi religion que mi patria y que mi propia vida; y por cuanto hay en el mundo no volveré á un lugar en que mi salvacion estaria en peligro.» Este desaire le habia causado un resentimiento que se arraigó con el tiempo, y llegó al mas alto grado con la presencia del objeto. Salta furioso al cadalso, la arranca un Crucifijo que llevaba al cuello, y la hace en el pecho una incision en figura de cruz, diciéndola: «toma; eso es lo que prefieres á tu patria y á tu familia.» — «Te doy gracias, hermano mio (le dijo Francisca): yo podia perder la cruz, ó podia quitármela como tú has hecho; pero me das una que no perderé mientras viva.» — Despues de esto la pasearon tres noches consecutivas por todas las cabañas, donde sirvió de juguete á gente jóven y desenfrenada. A los cuatro dias la ataron al poste fatal. Treinta ó cuarenta hombres furiosos la aplicaron en todas las partes del cuerpo tizonas ardiendo y cañones de escopeta hechos áscua. Duró este tormento horas enteras, sin que se quejase la heroína. Despues de divertirse mucho tiempo aquellos bárbaros atroces en quemar lentamente á la mártir, la cortaron alrededor con un cuchillo la piel de la cabeza, segun su costumbre; la arrancaron la cabellera, y en lugar de ella la echaron ceniza caliente; despues de lo cual, empujándola, arrastrándola y obligándola á correr, la persiguieron con bastante algazara y con una nube de piedras. Insensible á todo, se puso de rodillas luego que tuvo libertad para ello, y ofreció á Dios los últimos alientos de su vida, la cual perdió en un momento, quedando sepultada bajo un diluvio de guijarros.

Otra muger, llamada Margarita, murió alegremente en los mismos suplicios á los veinticuatro años de edad. Desde los trece años en que recibió el bautismo, habia sido un modelo de todas las virtudes cristianas y de una vivacidad de fé singular. Miraba el martirio como un favor insigne, y este era despues del bau-

tismo el objeto de sus votos mas ardientes y de sus continuas oraciones. Entregada al populacho salvaje, se vió al instante despojada de todos sus vestidos, y arrojándose tumultuariamente aquellos monstruos sobre la victima pacífica, no hubo miembro que no la sajasen con cuchillos, de suerte que en un momento fué todo su cuerpo una herida. Un francés, que fué espectador de esta horrible escena, miraba como un milagro que no hubiese espirado inmediatamente. Viéndole Margarita enternecido y lloroso, le dirigió estas palabras: «Os lastimais de mi suerte, y en efecto no me queda ya mas que un momento de vida. Pero bendito sea Dios eternamente por tan gran favor. Dejad de compadecerme: no temo la muerte ni los tormentos. Cualquiera que sea el rigor de los que todavía he de padecer, Dios me trata con bondad y segun su gran misericordia, borrando de este modo mis pecados que merecen infinitamente mayores castigos. Rogadle que me los perdone verdaderamente, y que me sostenga en todos los trabajos que me envia.» Como la quemaban á fuego lento, sintió al fin una sed estremada, y pidió un poco de agua. Pero inmediatamente despues dijo: «Mi Salvador tuyo sed muriendo por mí. ¿No es justo que sufra yo la misma molestia?» Luego pidió que no la diesen de beber aunque solicitase este alivio. Sus feroces compatriotas la atormentaron desde el medio dia hasta despues de puesto el sol: observaron todas sus prácticas bárbaras, la arrancaron la cabellera, la cubrieron el cráneo ensangrentado con ceniza caliente, la desatabaron del poste, y la mandaron que corriese. Pero la humilde mártir se puso de rodillas para hacer oracion. La dieron muchos palos en la cabeza, sin que interrumpiese su piadoso ejercicio. Al fin, uno de ellos cogió un cuchillo y se lo metió por el vientre; pero se rompió el cuchillo, quedando llenos de asombro todos los que lo vieron. Otro la dió un golpe mortal en la cabeza con una estaca, y como respirase

todavía, encendieron un monton de leña seca, y arrojaron allí el cuerpo, el cual quedó enteramente consumido.

Tenia un niño de dos años que fué cautivado con ella, y á pesar de su tierna edad perdió también la vida. Estando encendida la hoguera, el inocente llamó tres veces á su madre que habia ya muerto, y alargó sus manecitas hácia el cielo como si la viese allí y la pidiese socorro. No pudo la ferocidad salvaje resistir á un espectáculo tan tierno que pareció maravilloso. El niño fué libertado de las llamas, pero no del martirio. Habia perdido su madre esta gracia para él, y que fuese á acompañarla cuanto antes, por el temor de que si la alcanzase en dias se criase en la idolatría ó en la disolucion. Se apoderó, pues, un nuevo furor de uno de aquellos bárbaros, el cual cogió por un pie á la criatura, y despues de tirarla dos ó tres veces hácia arriba la rompió la cabeza contra una pared. Otros muchos cristianos iroqueses manifestaron la misma constancia en confesar á Jesucristo en presencia de muchos testigos irrecusables, que asi lo declararon, sin contar con los que en mucho mayor número fueron sacrificados en la oscuridad de sus cabañas, sin tener mas testigos que á Dios y los verdugos que les quitaron la vida.

Tales son los frutos de salvacion que produjo la semilla evangélica en la mas ingrata de todas las tierras salvajes. ¿Qué triunfo para la gracia de Jesucristo, de la cual procedian! ¿Qué fortaleza visiblemente sobrehumana en unos salvajes que apenas eran cristianos, y que antes de ser cristianos apenas se diferenciaban de los brutos! Y qué otra virtud que la de lo alto pudo dar á los pastores mismos una elevacion tan superior á la naturaleza, aun en los dias mas tranquilos en que solo tenian que vencer los disgustos y repugnancias naturales? Un misionero, acabado de llegar de Europa, donde habia pasado los primeros años de su vida en el seno del

buen gusto y de la urbanidad, se veia muchas veces trasplantado á trescientas ó cuatrocientas leguas de toda poblacion civilizada, entre unos salvajes á quienes la gracia del bautismo no habia quitado la rudeza ó groseria que les era genial, ó estaba radicada en ellos por un largo hábito. Solo el modo con que toman el alimento causaba náuseas al europeo que empezaba á comer con ellos (1). Llenan de carne y agua un gran caldero, y despues de un ligero hervor en que queda la espuma, sacan la carne, mucho menos que á medio cocer, y la distribuyen en unas cortezas de árbol que les sirven de platos. Comen sin cuchillo ni tenedor y con la asquerosa glotonería de un animal carnívoro. No hay que decir que se pueda comer pan solo, porque entre ellos es desconocido este género de alimento. Cuando les falta la caza, recurren á la pesca y á toda clase de peces. Hubo misioneros que al llegar á aquellos paises no encontraron mas comida que ranas enteras medio crudas y sin desollar. Solo con ver estos animalejos amontonados de forma que causan horror, por mas animoso que sea el ministro evangélico manifiesta sin duda poco apetito y no se apresura á comer. Como el genio áspero del salvaje y su sencillez natural le hace incapaz de disimular nada, no dejan de preguntarle por qué no come. Seria inútil excusarse con la repugnancia que causan á aquellos manjares. ¿Pues qué? Ropanegra (este es el nombre que dan á los jesuitas, y al cual atribuyen la idea de una virtud capaz de todo); ¿pues qué? Ropanegra (te dicen), deliberas para vencer tu gusto? ¿Es esto tan difícil á un patriarca, que sabe perfectamente la oracion (es decir, que observa con perfeccion las máximas del Evangelio)? También nosotros tenemos que vencer para creer lo que no vemos. Entonces ya no hay que detenerse, pues todas las excusas serian escándalos.

A esta abundancia repugnante sucede muchas veces una escasez estremada, entre unos pueblos que continuamente andan errantes, y que por otra parte no saben qué cosa es atender al dia de mañana (1). Despues de una larga correria, en que faltó poco para que el pastor y las ovejas pereciesen de hambre, de frio y de cansancio, aquellos buenos salvajes, restituidos á sus casas, trataron de obsequiar á su misionero, que era el P. Rale, para que se desquitase de tan largo ayuno. Pero ¿en qué consistia la comida, que segun las circunstancias en que se hallaban, era para ellos un banquete espléndido? En primer lugar le presentaron unas puches de maiz. El segundo plato fué una torta de la misma harina, con bellotas asadas y un pedacito de carne de oso. En fin, el tercero, que servia de postre, se reducía á una mazorca de maiz, tostada al fuego, con un puñado de granos de la misma especie cocidos debajo de la ceniza. Sin embargo, admirándose el misionero de la esplendidez de aquel banquete: «Ay, padre nuestro (le dijeron)! hace dos dias que no has comido nada, justo era que te obsequiásemos. ¡Ojalá pudiéramos repetirlo cuanto antes!»

Habia sin duda otro alimento muy delicioso para el espíritu que animaba á aquellos hombres apóstólicos (2). Su caridad y su desinterés hacian algunas veces mas inesperadas las impresiones en el corazón de aquellos bárbaros. Para citar un ejemplo muy oportuno, y que nos excusará de repetir otros, anticiparemos la serie de los tiempos, como lo hemos hecho arriba. Un cacique de los mas famosos de la nacion cristiana de los abnakis fué muerto por los ingleses, cuyas colonias no estaban distantes de dicha mision; y los amalinganos idólatras, que se establecian en las inmediaciones de aquellos neófitos y querian vivir en paz con ellos, les enviaron diputados para darles el pésame. El P. Rale,

(1) Cart. edif., t. 6, p. 139, etc.

(1) Cart. edif., t. 6, p. 222.

(2) Ibid., p. 190.